

Ana Fuentes. Una visión conciliadora.

Por: Claudia Hdez de Valle-Arizpe

En su libro de memorias, Balthus escribió: “Dejen a los otros la preocupación de interpretar, la búsqueda de comprender, de analizar todo lo que quieran. El pintor no sabe nada de todo eso. Él pinta, y ya; no intenta traducir”. Categórico como solía serlo, a Balthus lo relaciono con el arte de Ana Fuentes y, pudiendo o no estar de acuerdo con él, su sentencia me lleva a la reflexión de que en efecto es a nosotros, a los espectadores de las obras creadas por un artista, a quienes toca -y qué bueno- ser subjetivos. Así, diría que en la obra más reciente de Ana, el tiempo se fija en un instante que, sin embargo, no cesa de fluir.

Menos delirantes que sus cuadros anteriores, en éstos domina una brillantez suspendida en la que nuestra mirada se posa en lo posible, es decir, sobre lo desconocido. Las niñas caminan y vemos de dónde vienen pero no hacia dónde van, o al revés: no sabemos de dónde salen pero las observamos transitar seguras, y hasta divertidas, un piso que flota sobre el abismo. ¿Acaso importa?, parece preguntarnos la autora. Una sensación de protección emana de las telas y se evidencia, quizá, en la serenidad que hay en el rostro de sus criaturas. ¿Contra qué están protegidas? Y más inquietante todavía: ¿qué fuerza las sostiene sobre pisos cuadriculados y bajo candiles que se deshacen? Nada parece inmutarlas, estén paradas al centro deteniendo y dejando caer, al mismo tiempo, un tesoro; caminando, o mirando (como la joven pelirroja frente al tapiz vivo) una escena que imaginamos.

Verde, azul, meninseco, atemporal, de ecos bonnardianos, el universo femenino de Ana Fuentes se apoya en una visión conciliadora: donde hay fragilidad hay fuerza, parece recordarnos; allí donde - como sucede en el arte cuando en verdad lo es - nada es obvio y sí generoso en la polisemia, en la interpretación de amplia gama que el gran Balthus consideraba un derecho “del otro”.